

Teorías acerca del Sistema de Género como una dimensión cuestionadora de las corrientes dominantes en la Psicología

Autora: **María Cristina Ravazzola**¹

Quienes asistimos a los seminarios sobre Feminismo, Postmodernidad y Construcción Social que Mary McCanney Gergen brindó en Buenos Aires en 1993 y en 1994, tuvimos oportunidad de acceder a un aporte actualizado y especial sobre el pensamiento feminista a teorías y prácticas que nos interesan a los profesionales de la salud mental. Esto ha sido así aun cuando ella se sumerge en el campo de la psicología social a partir de su formación y su práctica en las artes literarias y teatrales, y por lo tanto sus referentes se relacionan más con el arte que con la salud.

Tal vez esa trayectoria le marque algunos caminos ventajosos, y explique sus articulaciones originales precisamente en cuanto a los títulos de los seminarios, así como su particular forma de transitar por ellos. Su feminismo reflexivo, siempre conciente del discurso en el que se instala, le permite propiciar e impulsar la construcción conjunta, por parte de las propias mujeres y también de algunos hombres, de definiciones acerca de sí mismas, sus etapas, sus funciones sociales, sus conflictos y características, sus diferencias y similitudes, por sólo mencionar algunas definiciones que nos inquietan.

Dado que sus producciones constituyen un impulso para promover debates sobre el sexismo en las terapias sistémicas, podemos seguir tal impulso para examinar algunos de nuestros dilemas.

En el seminario de 1993, Mary Gergen centró su exposición en la taxonomía sobre la epistemología feminista que propone Sandra Harding². Mary Gergen se apoya en la clasificación propuesta por esta autora, quien describe tres posiciones clásicas como estrategias justificatorias de las perspectivas feministas: una posición a) empiricista, usada por los investigadores en biología y en las ciencias sociales;

¹ Médica, terapeuta familiar, Fundación Proyecto Cambio, Buenos Aires.

11 4 7852305 11 4 5536777 mravazzo@fibertel.com.ar

² Harding Sandra : "Feminism, Science, and the Anti-Enlightenment Critiques". en Feminism/Postmodernism ed. Linda J.Nicholson, Routledge, London and New York, 1990.

una b) que llama punto de vista feminista o de estudios de la mujer, y una c) postmoderna, que intenta colocarse como alternativa a los proyectos de la modernidad. Sin describir exhaustivamente estas categorías de Harding porque nos excede los objetivos de esta presentación, vamos a seguir a M. Gergen para revisar críticamente la primera posición, valorar aunque sin dejar de cuestionar algunos aspectos de los aportes de la segunda, y profundizar la mirada construccionista social sobre la tercera, que fue su foco en el seminario de 1994. Nos interesa especialmente examinar las tres posiciones mencionadas y su respectiva importancia en el campo de la terapia sistémica.

Posición ¿o ilusión? empiricista

- a. Es importante reconocer que, más allá de las prácticas de terapeutas interesadas especialmente en el tema, las nociones de género no han producido grandes impactos en el circuito dominante en cuanto a revisión y cambios metateóricos y epistemológicos, ni mucho menos en las prácticas, aun cuando el tema ya no puede soslayarse. Jill Morawski (de la Wesleyan University, Middletown, Connecticut) ³, quien trabaja en concepciones postmodernas sobre Género y propone una revisión de los caminos seguidos hasta ahora y las propuestas posibles de de-construcción y co-construcción que nos abre la postmodernidad, se cuestiona sobre este particular: "¿se puede continuar un proceso de revisión montado sobre el edificio preexistente? ¿la psicología tiene menos sesgos androcéntricos que otras ciencias?". Ella se hace estas preguntas en el contexto de U.S.A., donde los estudios de Género están incorporados masivamente como programas de investigación en las carreras psicológicas. Pero, en general, los programas de investigación mantienen una metodología tradicional, aunque dispuestos a reconocer los sesgos sexistas de cada propuesta. Es decir, mantienen la ilusión de que el edificio que está nos sirve: sólo habría que corregirle su desviación; investigando más sobre la mujer y más sobre la masculinidad, podemos ajustar cada vez mejor los modelos con los que contamos. El argumento fundamental de las científicas empiricistas es que el sexismo y el androcentrismo en la investigación científica son enteramente consecuencia de la práctica científica deficiente.

Como posición, el empiricismo feminista apuesta a que la incorporación de científicas mujeres reduzca cada vez más los puntos ciegos de la ciencia, mientras deja intactos

³ en *Toward the Unimagined: Feminism and Epistemology in Psychology*, en "Making a Difference" *Psychology and the Construction of Gender*, by Hare-Mustin, Rachel T. and Marecek, Jeanne, eds. Yale University Press, New Haven & London. 1990.

supuestos tradicionales acerca de la adecuada investigación científica. Desafía los modos incompletos en que ha sido practicado el método científico, pero no las normas de la ciencia en sí mismas.

Obviamente, opina S. Harding, las feministas empiricistas no adhieren a los paradigmas de la postmodernidad, aunque algunas de sus tendencias las llevan fuera del Iluminismo que da base a sus argumentos. En resumen, este programa empiricista en psicología no desafía las teorías fundamentales sobre los sujetos de las investigaciones ni sobre los observadores. No cuestiona los métodos científicos de investigación tradicionales como la observación, el análisis, la predicción y la generalización, y sigue sosteniendo metodologías que suponen mayor validez científica cuanto más ciegos son los sujetos investigados.

- b. Posición de las teóricas del punto de vista feminista. En cuanto a la segunda posición descrita por Harding, la posición feminista y de los estudios de la mujer, esta lente de aumento aportó a la psicología cuestionamientos y complejidades muy importantes: 1) El cuestionamiento de la posible objetividad del conocimiento del profesional y 2) el cuestionamiento de la posible posición política neutral del profesional. La necesidad de tomar conciencia de la construcción conjunta de realidades que se produce en el encuentro entre personas, y el valor de ese encuentro-vínculo en la producción de esas realidades y de alternativas no previsible.
1. Objetividad ¿de quién? Tal vez el impacto más fuerte de la noción de género fue despertar la conciencia de que la mirada standard, y, por lo tanto, las definiciones que constituían nuestras herramientas de trabajo provenían de un observador masculino, y expresaban una perspectiva masculina, no universal. No era una mirada ni una definición que pudiera dar cuenta de una realidad objetiva, más allá de sí mismo, y ese sí mismo no se correspondía con lo que las mujeres veíamos, ni con lo que sentíamos. Pero ese androcentrismo era tan grande, habitual e impregnante que difícilmente hubiéramos podido distinguirlo como figura sobre fondo. Aún informaciones como las que ahora nos resultan casi obvias sobre la sexualidad femenina, sobre lo que nos da placer a las mujeres, venía definida y aceptada tal como los varones lo enunciaban. Por lo tanto, aún para Freud, la vagina debía ser entronizada por encima del clitoris, órgano rebelde que además, si quiere, se independiza totalmente del contacto con el pene, órgano elevado a un lugar tan supremo que termina por esclavizar también a los varones.
El develamiento del trasfondo patriarcal en las teorías acerca de los sujetos humanos re- posiciona la pregunta de quién es el sujeto que observa, conoce y define. Y esto es

importante porque las experiencias de vida de hombres y de mujeres son diferentes. Si es así, ¿qué podemos decir sobre una realidad objetiva?. Podemos preguntarnos y podemos afirmar, pero siempre necesitamos especificar desde la posición de quién: quién es el/la que interpreta y construye significados, quién es el/la que define las distinciones.

Podemos entonces dudar de las afirmaciones y examinar de cuáles comunidades científicas provienen. No necesitamos suponer alguna de esas comunidades como una autoridad sino disponernos siempre a REVISAR aquello que se nos propone como VERDADERO. Podemos poner límites a las CERTEZAS en las ciencias humanísticas.

El contraste entre lo supuestamente objetivo ligado a lo afirmado desde sujetos masculinos y la cercanía con lo “natural” y lo “subjetivo” atribuida al género femenino, deja el residuo de interpretar como “menos válida” por más subjetiva la expresión de la experiencia femenina y aún desprestigiar sus contenidos porque “no serían objetivos”. Las teorías psicológicas han tomado al hombre como la “norma” humana y asumido la persona masculina como el sujeto standard de indagación (Vogel, citado por Mary Gergen), y han dejado a la mujer como el OTRO, lo OTRO, lo alternativo (S. de Beauvoir, 1953).

El análisis de Freud sobre Dora (analizado a su vez por Spence en 1987, citado por Hare Mustin en “Gender and the Meaning of Difference”, muestra - más allá de la distancia histórico-cultural - un caso bastante arquetípico de cómo es interpretado el NO de una mujer a los avances sexuales de un hombre (en este caso Herr K., el socio del padre de Dora). Freud atribuye el rechazo de Dora a un disfraz de su propia excitación. Dora no concuerda, y Freud no renuncia por eso a privilegiar su interpretación sino que califica a Dora de “histérica”, desconfirmando su derecho a experimentar rechazo - desacuerdo - no validación hacia un requerimiento sexual manifestado por un hombre. Resulta muy interesante la relectura de cualquier informe de análisis de casos, para proponer hipótesis que sí incluyan la dimensión crítica de género. ¿No será, en este caso, que el impulso sexual masculino está siempre legitimado - desde la posición andro-falo-erótica, mientras que el supuesto ligado a la femineidad es que ella, la mujer, (Dora tenía 14 años, era consciente de cómo su amado padre buscaba enamorar a la Sra. K. y recibía del Sr. K. lo que ahora sería nombrado como acoso sexual) aunque diga que NO, ¿está diciendo y debe decir siempre que sí?

Los significados y el lenguaje dominantes en la psicología han sido patrimonio de la mirada masculina, no demasiado diferentes del modo cómo este mismo fenómeno ha impregnado

otros campos de las ciencias. Pero esta mirada específica sigue sin ser identificada como un importante elemento subyacente.

2. Siguiendo a Mary Gergen, quiero examinar la influencia de valores ligados al género en las teorías y prácticas psicológicas.

Se supone a las mujeres dependientes, y más deseosas de establecer conexiones con los demás que a los varones. Y es obvio que la cultura coloca la independencia y el self-made-MAN (obviamente ni existe la expresión self-made-woman) como un valor. ¿Cuánto podrá un terapeuta desalentar la posible búsqueda de una separación matrimonial de una mujer a la que él vea dependiente económicamente de su marido, aún cuando sea testigo conciente de que esa relación trae a esa mujer grandes sufrimientos? También en los supuestos neutrales, no valorativos sobre la familia, se atribuye a las madres una actitud retentiva con respecto a la independencia de los hijos. Otra vez serían ellas, mujeres afecto-dependientes, quienes cortarían las alas de los protagonistas de los cuentos, que nunca son ellas. Esto, que sólo refleja el acento puesto en los privilegios masculinos, enmascara los niveles de estafa social hacia las mujeres-madres que pueden alcanzar a fomentar las teorías psicológicas del apego materno, esfuerzo de abnegación por el que les prometen un reconocimiento que a veces nunca llega.

El valor de las capacidades de conexión no figura entre los que se atribuyen a los sectores dominantes. Son vistos desde ahí como pintorescas características propias de los oprimidos, y, por lo tanto, no serían características valiosas sino necesarias para la supervivencia de los “inferiores”.⁴

El debate de lo que sería “esencialmente” masculino o femenino excede este artículo, más enfocado hacia los atributos culturales de uno y otro sexo, pero no podemos negar que pertenecemos a una cultura en la que las diferencias de sexo figuran prominentemente en, virtualmente, cada modalidad de interacción humana (Lorraine Code). Dice Marilyn Frye (citada por L.Code, tomándolo de “The Politics of Reality: Essays in Feminist Theory”, 1983). “La identificación sexual invade todo momento de nuestras vidas y discursos, no importa cual es supuestamente el foco o tópico primario del momento. Es acostumbrado y obligatorio el marcar una distinción entre dos sexos de los humanos y de la mayoría de los animales, de un modo elaborado, sistemático, ubicuo y redundante. Uno nunca

⁴ Interesante experimentar lo que se siente y espera del acompañante del señor con una discapacidad física en el film francés exhibido en argentina con título “Intocables”.

puede ignorarlo”⁵. Ser varón o mujer parece un rasgo fundamental en la construcción de la subjetividad. También en las reacciones que provoca a los otros sujetos humanos (leeré un pequeño cuentito irónico al final del artículo). Pero nada indica que los rasgos emocionales, conductuales o intelectuales que se le atribuyen - como aparente consecuencia de la biología - sean patrimonio de ese sexo.

Pero, en relación a los valores, el experimento Broverman no deja duda de que, en las construcciones teóricas automáticas de los operadores en Salud Mental, la mujer no tiene alternativas posibles de aparecer como un sujeto valioso. Va a ser vista siempre como fallada: “enferma” o “poco mujer”.

Tanto la objetividad como la imparcialidad de la neutralidad son valores heredados de una tradición (empiricista y positivista) que nunca favoreció el emerger de los oprimidos de un sistema social. Si reconocemos el sistema de dominación/opresión que nos señala la lente de Género, ya no tiene sentido un esfuerzo de neutralidad.

Una habitual consulta de pareja es aquella que presenta una mujer irritada y desilusionada hacia un marido poco demostrativo del que permanentemente espera una actitud cariñosa, de reconocimiento y de empatía que nunca viene, y un marido que no entiende demasiado qué es lo que ella le reclama, o que se declara como que “él es así” y “no puede cambiar”, o, que termina por enojarse con ella por quejosa y permanentemente disconforme. Las clásicas elaboraciones sobre este conflicto, que ignoran el género, suelen tender a que ella acepte las diferencias de estilo, y a que se de por sentado que ella aspira a algo que él - ocupado en cuestiones mucho más importantes como su carrera y su trabajo - no podría dedicarse a modificar. Por lo tanto, ella deberá resignar sus ambiciones de compañía, pasión, señales de interés y dedicación, muestras de lealtad, etc. de parte de él, y, más bien, buscar en qué entretenerse para no molestar con reclamos extemporáneos. A mí misma, entrenada en el ejercicio de esta lente de Género, no me fue lo mismo imaginar la pregunta que me hago sistemáticamente ¿qué pasaría si fuera al revés?, cuando me encontré frente al reclamo concreto de un señor que pedía de su mujer este tipo de manifestaciones. Me ví entonces mucho más entusiastamente activada en trabajar para lograr que la señora pudiera cambiar que lo que me hubiera ocurrido “en piloto automático” si hubiera sido al revés. Si bien un observador de afuera hubiera notado que yo intentaba siempre que el polo “racional” incorporara conductas impensadas desde este “estilo”, no dejé de notar mi diferente activación. ¿Por qué como terapeuta mujer respondía más automáticamente a los deseos de un

⁵ Traducción de la autora.

hombre? o ¿por qué la suponía a ella como mujer mucho más capaz de cambiar y desarrollar las conductas empáticas que su marido le reclamaba?. Sea lo que fuere, la posibilidad de una experiencia menos estereotipada me ayudó a creer y confiar mucho más en los cambios que sí las mujeres podían exigir de sus maridos, a hacer más espacio al hecho de que ellos también tienen potencialidades empáticas que no desarrollan, e incluso a confiar en que ellos quieren modificaciones que aparentemente rechazan como inadmisibles o imposibles.

Para los terapeutas, estos temas son clave. ¿Qué tomamos como verdadero del relato que nos hace quien nos consulta?. ¿Cómo le hacemos revisar sus construcciones y construir con nosotros/as otras que le ayuden a responsabilizarse por su vida y por sus elecciones, a ampliar sus límites supuestos o a plantearse la necesidad de otros más compatibles con sus necesidades, si quedamos atrapados en coincidencias que provienen de compartir con ellos una cultura con, por ejemplo, expectativas sobrehumanas sobre las madres y una disposición a reivindicar y rellenar el lugar del padre a cualquier costo?.

Transcribo una descripción de caso elegida para re-avisar entre muchas por ser más reciente, no más representativa que otras. La terapeuta de una jovencita escribe acerca de sus padres y de la relación que establece con ellos: *“Cuando empezó a crecer, su padre la retó porque movía el culo. El es un hombre muy tímido e inseguro. Ha estado gravemente enfermo, al borde de la muerte, atravesando una operación muy compleja. Muy pasivo y bastante menor que la madre. En muchas situaciones aparece como figura clave, sin embargo la entrevista abre un mínimo espacio al diálogo entre padre e hija, él hace un esfuerzo en acercarse y ser más tierno, pero al mismo tiempo cuestiona permanentemente su análisis (¿Se queda congelado en el río?”⁶*

Estas diferencias en las modalidades parentales se ven reflejadas escénicamente en M. del mismo modo que la niñez y adultez no se articulan en la adolescencia, y que el pensar e intelectualizar también se separan. A veces es líder, soberbia, sabelotodo, como se queja que es su madre; y otras veces tímida, aguantadora, sufrida y accidentada como lo ve a su papá. Al rebelarse contra un personaje déspota, se infringe a sí misma los sufrimientos de la víctima”.

No es necesario ser muy perspicaz para percibir que la supuesta neutralidad de la terapeuta no es tal, sino que sutilmente por momentos y abiertamente en otros, perdona al padre mientras juzga severamente a la madre. Es muy distinta la calificación al padre de “tímido e inseguro” aunque él se

⁶ Se refiere a un sueño de la paciente en que un hombre la va a ayudar pero se queda congelado en el río. Nota de la autora.

de el lujo de insultar a su hija, que la calificación a la madre de déspota. La terapeuta explicita su lectura del padre como víctima que sufre los ataques de la madre.

Podríamos tomar numerosos ejemplos de esta tendencia a responsabilizar a las madres de los problemas mentales de los hijos tales , que, hasta algunos autores las han llegado a calificar de "esquizofrenógenas".

Por otra parte la inclusión de las mujeres - y la relevancia de sus aportes y su pensamiento en las corrientes dominantes de la psicología - es tan ardua como en cualquier otro campo. Las profesionales que cuestionamos los pilares de esas corrientes, debemos circular por algunos carriles que son estrategias de supervivencia de los marginales: eligiendo tópicos que no interesen, o nuevos, o que no sean centrales a las corrientes, o aceptando lugares subordinados o en estructuras segregadas (ámbitos sólo de mujeres y, a veces, sólo de mujeres feministas) o adoptando miméticamente las características de la corriente dominante - adaptándonos - con todos los lamentables efectos de estas situaciones: no permite hacer progenie, estimula competencias a veces muy feroces entre mujeres que deberían poder aliarse mejor; no autoriza la autoreflexión y el estudio de sí misma como sujeto - objeto de investigación, lo que lleva a negar, minimizar o no comparar ni confrontar la propia experiencia.

Ejemplo de un dilema no resuelto por el empiricismo de principios de siglo (Wooley 1903), es el de poder demostrar que las diferencias de experiencias socioculturales de hombres y mujeres no se deben a las diferencias anatómicas de sexo sino a las propuestas diferentes de socialización que reciben. Con la ilusión empiricista había que encontrar un grupo de hombres y mujeres que tuvieran el mismo entrenamiento social. Lo máximo que las investigadoras encontraron fueron alumnos y alumnas de escuelas mixtas, pero ni aún en esos ámbitos varones y mujeres tienen igual entrenamiento.

El trabajo de análisis desde un punto de partida feminista (aunque segregado) aporta algunas ideas muy valiosas: revaloriza y reposiciona las experiencias de vida de las mujeres como una visión del mundo con diferencias frente al discurso dominante. Propone valores y visiones de mundo alternativos, enfatiza la importancia del poder en las relaciones y ayuda a desenmascarar los sesgos sexistas en las construcciones psicológicas.

Desde el 3er encuadre que describe Sandra Harding, en su taxonomía de la epistemología feminista, encuadre que ubica como postmodernista, la postura es más crítica sobre el edificio

conceptual de la Psicología, al cuestionar al observador, a quien propone conocimiento, como no estable ni autónomo, ni objetivo, ni neutral, ni desinteresado, ni independiente de un sistema social que sostiene una determinada lógica y una determinada racionalidad.

- Reconoce una identidad del sujeto cognoscente plural, fragmentada y conflictiva.
- Incorpora el lenguaje en su dimensión de constructor de realidades, no de representador de una realidad más allá de él. La postura está propuesta como una complejización y problematización que pone y reconoce tensiones en el conocimiento psicológico, que sí hace lugar al Género del observador, pero no nos libra de los sesgos sexistas de los interlocutores científicos. Sí aporta una actitud permanentemente alerta en cuanto a registrar quién y qué cuenta como válido o auténtico y en cuál sistema de relaciones.
- Propone sujetos “conocedores situados”, reconoce el conocimiento como relacional, histórico e inclusivo de la reflexividad como fenómeno y como crisis. Nos re-coloca como sujetos y objetos de ciencia con nuestras diversidades. Re-coloca la inclusión del OTRO en la posición del UNO (jerárquicamente de igual nivel, y con sus diferencias).

En la práctica esto significa que importan las visiones múltiples, las disrupciones. Se generan nuevas posiciones críticas con respecto a cuál es el papel del psicólogo en la “clínica” (palabra ahora en tensión, ya que nos remite a la medicina y su tradición en las ciencias “naturales”). No persiste una interpretación más adecuada que otra en cuanto a versiones de los sucesos, y debemos hacernos responsables de cada definición que privilegiamos sobre otra.

Para poder incluir el humor irónico en esas alertas, incluyo el siguiente cuentito:

Pobrecito Tirano⁷

"Tengo que aceptar que es verdad que me conmueve; me tiene pendiente de sus más mínimos gestos, me subyuga; me excita; me quita el sueño; me fascina su humor fácil y su ingenio, ni que digamos su fantástica capacidad creativa; sus ideas me orientan y las escucho con respeto; interviene en casi todas mis situaciones y decisiones con un criterio muy adecuado; me cuida, cuida de mis hijos y, en general, cuida de todo lo que tiene que ver conmigo.

Tiene una hermosa y seductora sonrisa, puede ser muy tierno y generoso, buen amigo de sus amigos y amigas que también lo quieren y lo miman.

Cada tanto suele repetirme que se siente dejado de lado por mí. Me mira con reproche si me ve leyendo o escribiendo, no tanto si estoy en mi oficina trabajando.

Noto en la expresión de su cara cuando hago la más mínima cosa que lo contraría y me siento morir.

¿Cómo he podido ser tan insensible, tan poco delicada?

Benévolamente está dispuesto a explicarme donde residió mi desliz, ya que yo soy muy importante para él, aunque, a veces, pierde la paciencia y permanece mudo e irritado, con cara de desaprobación, pero sin arrimarme ninguna pista que me oriente acerca de mi desastre. Es en esos momentos en los que yo, febrilmente, repaso cada uno de mis actos, reviso mis palabras y mis gestos, hasta que doy con la clave inadvertida para mí que causó su desazón, deshago el camino mal andado, y retomo la senda de su aprobación y de su amor.

⁷ Cuento escrito en 1988, que estaba debiendo al capítulo introductorio, en referencia a la violencia que pueden albergar los "mansos".

Pero, ¿cómo puedo hacer para evitar esos malos momentos? ¿Cómo podría compensar los muchos déficit provenientes de mi educación y preparación para compartir una vida al lado de alguien con esta particular sensibilidad?

Y, peor aún, ¿cómo explicarme a mi misma que a veces quiera estar sola, no verlo por varios días, hacer de cuenta que se murió, que soy viuda, que él no está cerca de mí para protegerme, para decirme lo que es mejor para mí, para advertirme que me acechan tales y cuales peligros, para avisarme que no sé medir las consecuencias de lo que me propongo, para sugerirme lo que debo hacer para reparar mis torpezas, etc?

¿Cómo puedo ser tan desagradecida, tan fría, tan distante, en fin, tan poco considerada, para con alguien que me demuestra tanto AMOR?

El colmo lo constituye algo inexplicable que me asalta cada tanto, y que me hace sentir atraída y entusiasmada hacia estímulos vitales que no tienen nada que ver con él. Como por ejemplo algún proyecto de viaje o de trabajo, o aún, algún otro hombre, que, por supuesto no alcanza ni remotamente a tener sus cualidades, ni me merece el respeto y la admiración que siento por El.

Llego, y no tengo otra opción, a pensar en que algo falla en mi naturaleza, que estoy hecha de un modo que no me permite confiar en mí misma y en mis inclinaciones porque adolecen de vicios que pueden perjudicarme seriamente. Es en esos momentos en los que más reconozco y agradezco el privilegio del que disfruto. El, desinteresada y naturalmente, a veces aún sin saberlo, me salva de mí misma, de mis propios impulsos nefastos de mujer irresponsable.

Me pregunto: ¿Qué hubiera sido de mí sin El? ¿Dónde estaría ahora? ¿Qué elecciones habría hecho privada de su guía orientadora? ¿A qué extremos me habría atrevido a llegar? ¿Qué riesgos habría corrido? ¿Qué habría arriesgado y tal vez perdido? ¿Cómo sería mi vida ahora?

Hasta llego a preguntarme: ¿qué tendría colgado de las paredes de mi propia casa? ¿Quiénes serían mis amigos?, ¿Quiénes se sentirían con libertad de visitarme y llamarme?, ¿con quiénes saldría?, ¿qué programas estaría haciendo?, ¿cómo serían mis diversiones?, ¿qué música estaría escuchando?. ¿de cuánta energía estaría disponiendo?, ¿dónde estaría viviendo,.....?

No quiero perderme en estas divagaciones por que ya debe estar por llegar, y debo limpiar estas manchas de sangre que ensucian la alfombra, y también la estatua de bronce maravillosa que él eligió y compró el domingo mientras pase íbamos por San Telmo, que casi no llegué a apreciar de tan hundida que está desde hace un rato en su cráneo."